

Elizabeth Jane Howard

Todo cambia
Crónicas de los Cazalet

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

<i>Árbol genealógico de la familia Cazalet</i>	11
<i>Todo cambia: lista de personajes</i>	13
PRIMERA PARTE	
Junio de 1956	17
SEGUNDA PARTE	
Junio-julio de 1956	59
TERCERA PARTE	
Julio-septiembre de 1956	83
CUARTA PARTE	
Diciembre de 1956-enero de 1957	115
QUINTA PARTE	
Primavera de 1957	141
SEXTA PARTE	
Verano-otoño de 1957	171
SÉPTIMA PARTE	
Noviembre-diciembre de 1957	213
OCTAVA PARTE	
Enero-febrero de 1958	287

NOVENA PARTE

Otoño de 1958

315

DÉCIMA PARTE

Noviembre-diciembre de 1958

383

Para Hilary y Gerald

Lista de personajes

WILLIAM CAZALET (el Brigada), ya fallecido

Kitty Barlow (la Duquesita), su esposa

Rachel, *su hija soltera*

HUGH CAZALET, primogénito

Jemima Leaf (segunda esposa)

Hija:

Laura

Sybil Carter (primera esposa, fallecida en 1942)

Hijos:

Polly, casada con Gerald, lord Fakenham

Hijos: Jane, Eliza, Andrew, Spencer

Simon

William (Wills)

EDWARD CAZALET, segundo hijo

Diana Mackintosh (segunda esposa)

Hijos:

Jamie

Susan

Viola Rydal (Villy), primera esposa

Hijos:

Louise, casada con Michael Hadleigh, ahora divorciados

Hijo: Sebastian

Teddy, casado con Bernadine Heavens, ahora divorciados

Lydia

Roland (Roly)

RUPERT CAZALET, tercer hijo

Zoë Headford (segunda esposa)

Hijos:

Juliet

Georgie

Isobel Rush (primera esposa, falleció en el parto de Neville)

Hijos:

Clarissa (Clary), casada con Archie LeStrange

Hijos: Harriet, Bertie

Neville

RACHEL CAZALET, la única hija

Margot Sidney (Sid), su pareja

JESSICA CASTLE (hermana de Villy)

Raymond, su esposo

Hijos:

Angela

Christopher

Nora

Judy

Personal doméstico:

Sra. Tonbridge (cocinera)

Ellen (niñera)

Eileen (doncella)

Tonbridge (chófer)

McAlpine (jardinero)

Señorita Milliment (antigua institutriz de Louise y Lydia,
ahora dama de compañía de Villy)

Prólogo

Los antecedentes expuestos a continuación van dirigidos a aquellos lectores que no conozcan las Crónicas de los Cazalet, una serie de novelas cuyos primeros cuatro volúmenes son *Los años ligeros*, *Tiempo de espera*, *Confusión* y *Un tiempo nuevo*.

Desde el verano de 1945, William y Kitty Cazalet, conocidos por su familia como el Brigada y la Duquesita, han vivido en la casa familiar, Home Place, en Sussex. El Brigada murió en 1946, de una bronconeumonía, pero la Duquesita sigue viviendo allí. No está sola: su esposo y ella tuvieron cuatro hijos: una hija soltera, Rachel, y tres varones. Hugh es viudo, pero ya no está de luto por su primera esposa, Sybil, con la que tuvo tres hijos: Polly, Simon y Wills; se ha casado hace poco con Jemima Leaf, que trabajaba en la empresa maderera de los Cazalet. Edward se ha separado de Villy, su esposa, y está pensando en casarse con su amante, Diana, con la que tiene dos hijos. Rupert, desaparecido en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, ha regresado con su esposa Zoë, con Clary y con Neville, los hijos de su primer matrimonio, y con Juliet, la hija que tuvo con Zoë en 1940, nacida después de su desaparición. La pareja ha conseguido reconstruir su matrimonio después de un comienzo difícil.

Edward le ha comprado una casa a Villy, que vive allí, infeliz, con Roland, su hijo menor. También ha acogido a la vieja institutriz de la familia, la señorita Milliment. La hermana de Villy, Jessica, y su marido fueron beneficiarios de una herencia de una anciana tía de él. Su hijo, Christopher, pacifista y vegetariano, se ha hecho monje.

La hija mayor de Edward, Louise, esperaba convertirse en actriz, pero se casó a los diecinueve años. Luego abandonó a su marido, el retratista Michael Hadleigh, y también a su hijo, Sebastian. Su hermano Teddy se casó con una mujer estadounidense cuando se formaba con la RAF en Arizona. Llevó a Bernadine a su casa, en

Inglaterra, pero ella fue incapaz de adaptarse y lo dejó para regresar a los Estados Unidos.

Polly y Clary han estado viviendo juntas en Londres, Polly trabajando para un decorador de interiores, y Clary, para un agente literario. Gracias a su trabajo, Polly conoció a Gerald Lisle, conde de Fakenham, y fue al hogar de sus antepasados, que necesitaba una reforma. La falta de fondos impedía que empezaran las obras, pero Polly reconoció allí un gran número de cuadros de J. M. W. Turner, algunos de los cuales podrían financiarlas. Ahora, Gerald y ella están casados.

Clary tuvo una desdichada aventura amorosa con el agente literario, pero siempre se ha sentido atraída por la escritura. Animada por Archie LeStrange, un viejo amigo de su padre, ha terminado su primera novela. Cuando era niña, Archie era casi como un tío para Clary, pero ahora su relación se ha estrechado, tanto que se han enamorado y parece que van a casarse.

Rachel vive para los demás, lo cual su amiga, ahora amante, Margot Sidney, conocida como Sid, que es profesora de violín, lleva con dificultad. Tanto, de hecho, que tuvo una aventura con otra mujer. Cuando Rachel lo descubrió, se distanciaron durante un tiempo, pero ahora están felizmente reconciliadas.

Todo cambia empieza nueve años después, en 1956.

PRIMERA PARTE

Junio de 1956

Rachel

—No falta mucho.

—¡Mamá, por favor!

—Estoy en paz. —La Duquesita cerró un momento los ojos: hablar (como todo lo demás) la fatigaba. Hizo una pausa y luego continuó—: Después de todo, ya he sobrepasado el tiempo que nos concedía el señor Housman¹. ¡Por veinte años! «El árbol más hermoso», nunca coincidí con él en eso. —Alzó la mirada hacia el angustiado rostro de su hija, tan pálido y con manchas violáceas bajo los ojos de no dormir, los labios apretados en un esfuerzo por no llorar, y, con enorme dificultad, la Duquesita levantó una mano de la sábana—. Rachel, cariño, no debes afligirte así. Me entristece.

Rachel cogió la huesuda y temblorosa mano y la rodeó con las suyas. No, no debía entristecerla: hacerlo sería en verdad egoísta. La mano de su madre, salpicada de manchas propias de la edad, estaba tan consumida que la correa de oro del reloj de pulsera le colgaba, holgada, con la esfera bocabajo, y el anillo de boda se le caía hacia el nudillo.

—¿Qué árbol elegirías tú?

—Buena pregunta. Déjame pensar.

Observó la cara de su madre, animada por el lujo de poder elegir en un asunto tan serio...

—La mimosa —dijo de pronto la Duquesita—. ¡Qué aroma tan celestial! Nunca he podido tener una. —Soltó la mano y empezó a arrebujar inquieta la ropa de cama—. Ya no queda nadie que me llame Kitty. No puedes imaginar... —De repente pareció que se ahogaba mientras intentaba toser.

—Te echaré un poco de agua. —Pero la jarra estaba vacía. Rachel

¹ Se refiere al poeta Alfred Edward Housman. (*Todas las notas son de la traductora*).

encontró una botella de agua de Malvern en el cuarto de baño, pero cuando regresó con ella, su madre estaba muerta.

La Duquesita seguía en la misma postura, recostada sobre las almohadas cuadradas que siempre había preferido, con una mano sobre la sábana y la otra agarrada a la trenza que Rachel le hacía cada mañana. Tenía los ojos abiertos, pero la franca y encantadora sinceridad que siempre habían albergado ya no estaba. Miraba fijamente, sin ver, a la nada.

Conmocionada, de forma mecánica, Rachel cogió la mano que tenía levantada y se la puso con cuidado junto a la otra. Con un dedo cerró suavemente los ojos de su madre, se inclinó para besarle la frente blanca y fría y luego se quedó allí de pie, paralizada mientras la asaltaba un torrente de pensamientos inconexos; era como si, de pronto, se hubiese abierto una trampilla. Recuerdos de la infancia. «No existen las mentiras piadosas, Rachel. Una mentira es una mentira y jamás debes decirlas». Cuando Edward le había soltado, de pie desde su cama: «Yo no hablo con chivatos». Pero a su hermano lo habían regañado y nunca volvió a hacerlo. Su serenidad, que casi nunca parecía verse perturbada; solo una vez, después de ver a Hugh y a Edward partir hacia Francia, uno con dieciocho años y el otro con diecisiete, tranquila, sonriendo mientras el tren salía lentamente de la estación Victoria. Luego se había dado la vuelta y había sacado el fino pañuelito de encaje que siempre llevaba metido en el reloj de pulsera. «¡Son solo unos niños!». Tenía una marca de nacimiento, pequeña pero definida, en esa muñeca y Rachel recordaba haberse preguntado si llevaba el pañuelo ahí para ocultarla y también cómo había podido tener un pensamiento tan frívolo. Pero la Duquesita sí que lloraba: lloraba de risa. Con las payasadas de Rupert, que desde bien pequeño hacía reír a todo el mundo; con los hijos de Rupert, sobre todo con Neville; con la gente a la que consideraba pomposa; las lágrimas le caían a raudales por el rostro. También con algunas rimas victorianas despiadadas: «Niño que juega con armas acaba criando malvas» o «Papá, papá, ¿qué es eso que parece mermelada de fresa? ¡Qué porquería! Shhh, cariño, es mamá, atropellada por un tranvía». Y la música la hacía llorar. Era una pianista sorprendentemente buena, solía tocar a dúo con Myra Hess y había adorado a Toscanini y sus grabaciones de las sinfonías de Beethoven. Tenía por norma llevar una vida sencilla (uno no se untaba mantequilla y mermelada en la misma tostada para el desayuno; las comidas consistían en carne asada — que se comía primero

caliente, luego fría y por último picada con verduras cocidas— y pescado hervido una vez a la semana, seguido de compota de frutas y manjar blanco, que la Duquesita llamaba «molde», o pudín de arroz) y la suya, aparte de la música, consistía en cuidar el jardín, cosa que adoraba. Cultivaba enormes y fragantes violetas en un cajón vivero especial, claveles, rosas rojas, lavanda, cualquier cosa que oliera bien, y además tomates y toda clase de frutas: frambuesas rojas y amarillas, nectarinas, melocotones, uvas, melones, fresas, enormes grosellas espinosas rojas, grosellas para mermelada, higos, claudias y otros tipos de ciruelas. A sus nietos les encantaba ir a Home Place por los platos llenos de fruta de la Duquesita.

La relación con su marido, el Brigada, siempre había estado envuelta en un halo de misterio victoriano. Cuando Rachel era niña, solo veía a sus padres en relación consigo misma: su madre, su padre. Sin embargo, al vivir en casa con ellos toda la vida, y aunque seguía queriéndolos de manera incondicional, había llegado a percibirlos como dos personas muy diferentes. De hecho, eran completamente distintos. El Brigada era sociable hasta la excentricidad: podía conocer a cualquiera en el club o en el tren de vuelta a casa y acabar invitándolo a cenar, incluso a veces a pasar el fin de semana, sin la menor advertencia, y lo presentaba casi como un pescador o un cazador exhibiría su último salmón o ciervo o ganso salvaje. Entonces, sin más que una levísima reprimenda, la Duquesita hacía servir con toda tranquilidad cordero asado y manjar blanco.

No es que ella fuese una mujer solitaria, pero se contentaba con su creciente familia, sus hijos y nietos, y sus nueras, a las que aceptaba de buen grado. Su propio mundo, sin embargo, lo mantenía en privado: las bromas de su juventud (como hacer la petaca en las camas) o el juego de la sardina, con el que se divertían en algún remoto castillo escocés, solo afloraban fugazmente cuando contaba historias a algún nieto que se había caído de un árbol o al que había tirado el poni. Su padre, el abuelo Barlow, había sido un distinguido científico, miembro de la Royal Society. De las cuatro hermanas, ella era la guapa (aunque siempre pareció ignorarlo). Un espejo, le había enseñado a Rachel, era para asegurarse de que una iba bien peinada y de que llevaba el broche derecho.

En su vejez, cuando dedicarse al jardín se hizo difícil, había tomado por costumbre ir al cine, sobre todo para ver a Gregory Peck, del que se había quedado prendada...

No le pregunté lo suficiente. Apenas sabía nada de ella. Aque-

llo, teniendo en cuenta sus cincuenta y seis años de convivencia, ahora le parecía espantoso. Todas esas mañanas haciendo tostadas mientras la Duquesita hervía agua en la lamparilla de alcohol para preparar el té; todas esas tardes de verano en el jardín, o acomodadas en el cuarto del desayuno cuando hacía demasiado frío para estar fuera, en las vacaciones con los nietos, que tenían que comerse una rebanada de pan con mantequilla antes de que les dejaran probar la mermelada o el pastel; pero la mayor parte del tiempo las dos solas: la Duquesita cosiendo a máquina cortinas para Home Place; haciendo bonitos vestidos para Rachel, de seda tursor azul o color cereza con bordados de nido de abeja, y luego para las nietas: para Louise y Polly, Clary y Juliet; incluso para los chicos, Teddy y Neville, Wills y Roland, hasta que tenían tres o cuatro años y se negaban a llevar «ropa de niñas», mientras Rachel bregaba con las labores de punto para principiantes, las bufandas y los mitones, durante los interminables años de guerra, los terribles meses y meses en los que ansiaban recibir cartas y tanto temían los telegramas...

Había crecido como la única hija de la casa y, salvo cuando tuvo que soportar tres años de espantosa morriña en un internado, nunca se había ido. Siempre que volvía en vacaciones suplicaba que la dejaran quedarse: «Si ven un solo pelo en el cepillo, me castigan», sollozaba, y la Duquesita le decía: «Entonces no dejes ni un solo pelo, cariño».

Su papel en la vida era cuidar de los demás, no tener nunca en cuenta su aspecto, entender que los hombres eran más importantes que las mujeres, atender a sus padres, organizar las comidas y tratar con los criados, que, del primero a la última, apreciaban a Rachel por la preocupación y el interés que demostraba en sus vidas.

Pero ahora que sus padres ya no estaban, parecía que la labor de su vida había concluido. Podría estar con Sid tanto como quisieran; una alarmante libertad se le venía encima; algo que oyó decir a un joven alumno en una de esas escuelas de libre pensamiento: «¿Debemos hacer lo que queremos en todo momento?», ahora se hacía extensivo a ella.

Se dio cuenta de que había estado de pie junto al lecho de muerte de su madre mientras todas esas ideas deslavazadas la abrumaban, de que había estado llorando, de que le dolía la espalda de un modo insoportable, de que había muchas, muchas cosas que hacer: telefonar al médico, llamar a Hugh (seguro que él avisaba a los demás, a Edward, Rupert y Villy) y, por supuesto, a Sid. Tenía que decírselo

a los criados... En ese momento se paró en seco: desde la guerra, los criados se reducían al señor y la señora Tonbridge; el anciano jardinero, que estaba ya demasiado artrítico para hacer algo más que cortar el césped; una chica que venía tres días a la semana para limpiar y Eileen, que había regresado después de la enfermedad de su madre. Rachel se volvió de nuevo hacia su querida Duquesita. Parecía en paz y sorprendentemente joven. Cogió una rosa blanca del jarroncito y se la puso entre las manos. La marca de nacimiento de la muñeca destacaba ahora con más claridad; el reloj se le había escurrido hasta la palma de la mano. Se lo quitó y lo dejó junto a la cama.

Cuando abrió la amplia ventana de guillotina, una cálida brisa perfumada por las rosas que crecían debajo entró en la habitación empujada por el suave céfiro que hacía ondear las cortinas de muselina.

Se secó la cara, se sonó la nariz y (para saber si podría hablar sin llorar) dijo en voz alta:

—Adiós, mamá.

Luego salió de la habitación y comenzó el día.